

Ex ministro del Interior del Presidente Patricio Aylwin Enrique Krauss Rusque

La personalidad del Presidente Patricio Aylwin era la de un hombre serio, honesto, de gran sencillez humana expresada en la delicadez en el trato que revelaba su profunda humanidad y respeto por las personas, especialmente las más modestas. Hombre de fe y de esperanza, consecuente entre sus ideas y sus acciones, reflexivo en el pensamiento y activo en su ejecución, convencido de que la libertad y la justicia son los valores esenciales que sirven de vertiente de todos los derechos humanos y sociales.

Estas características trascendentes nos autorizan para que, más allá y más acá de tiempos y territorios, despedamos a don Patricio recurriendo a los inolvidables versos con que Walt Whitman lo hizo con Abraham Lincoln: “¡Oh, Capitán, mi Capitán! Nuestro viaje ha terminado, el barco ha sobrevivido a todos los escollos, hemos ganado el premio que anhelamos”.

La vida política de don Patricio Aylwin fue sin estridencias, “la búsqueda del premio que anhelamos”. Su compromiso militante con la entonces Falange Nacional, definida como “afirmación de fe en los destinos de Chile y una voluntad inquebrantable al servicio de la patria”, lo llevó, por decisión de sus camaradas, a ocupar cargos de dirigencia partidaria y en el parlamento, donde enfrentó los escollos que afectaban a un pueblo que “más allá de las calles pavimentadas sigue esperando”, como dijéramos en una de nuestras primeras campañas municipales.

Esa incansable batalla cívica, iniciada tan pronto colapsó la institucionalidad chilena en 1973, culminó junto a otros hombres y mujeres de buena voluntad, en concitar esfuerzos para lograr para Chile la anhelada reconstrucción democrática y la unidad entre todos los chilenos. Anhelos complejos, difíciles de alcanzar, que aún tienen aspectos pendientes de cumplir, pero todo lo mucho logrado no habría sido factible si no se hubiese contado con alguien como nuestro Capitán.

Aylwin restableció el tejido de las relaciones políticas entre nosotros, incluso en nuestro propio partido, sobre la base de entender que habíamos sido adversarios—y en ocasiones duros adversarios—pero jamás enemigos. Bajo su inspiración, superamos las limitaciones y trabas impuestas por el régimen dictatorial entonces vigente. Juntos enfrentamos las mayores dificultades y fuimos superando, con gradual insistencia, el quiebre social y político que agobiaba a nuestra nación. Establecimos un itinerario de ideas y propuestas compartidas: era más lo que nos unía que los que nos separaba.

Don Patricio fue capaz de armonizar diferencias y establecer consensos. Transmitió el resultado de estos esfuerzos a los actores sociales y aun a aquellos que no compartían en plenitud las aspiraciones que nos motivaban, inspiradas en nuestro concepto del bien común, humanista cristiano y humanista laico, humanismo integral como a nosotros nos enseñó Maritain, donde el hombre y la mujer y no los bienes materiales son el sujeto y el objeto del quehacer político.

El reencuentro de los demócratas permitió el triunfo en el plebiscito de octubre del 88. Los chilenos concertados por la democracia derrotamos a Pinochet en su propia cancha. Un año más tarde recuperamos la democracia en las elecciones presidenciales. Aylwin convocó, entonces, a todos los chilenos y chilenas a construir una patria justa y buena.

Hombre de derecho, se había formado hasta genéticamente en el respeto a la ley, suprema expresión del bien común cuando se trata de una normativa de factura democrática. Para Aylwin la ley debía ser instrumento de justicia, convicción que explica que uno de los actos prioritarios de su gobierno fue buscar la verdad de los increíbles atropellos perpetrados en contra de los derechos humanos, experiencia de veracidad ética y moral estimada mundialmente ejemplar.

El gobierno encabezado por Aylwin enfrentó, igualmente, las enormes deudas sociales provocadas por la aplicación implacable de un sistema económico absolutamente liberal, cuyos efectos negativos aún no se superan plenamente. Con realismo virtuoso inhibió los desbordes pseudo revolucionarios y sobre la base de los equilibrios macro económicos, permitió el crecimiento del país en

condiciones de equidad económica y social. Chile paulatinamente volvió a ser Chile, el Chile en que convivimos a su servicio civiles y militares.

Don Patricio vivió el mandato presidencial con la sobria dignidad de un profesional de clase media que asumió con responsabilidad un cargo que en el fondo de su corazón jamás buscó. Quienes tuvimos el sino memorable de trabajar cerca de él, siempre lo vimos paciente para escuchar y claro en las órdenes impartidas.

Entregaba su confianza, sobre la cual había que rendirle adecuada cuenta. Algunos dirán que actuaba como buen padre de familia que, por cierto, lo fue, como lo proclama con justificada emoción su familia, encabezada por Leonor, “el amor de toda su vida”. Sin embargo, más bien, don Patricio era un maestro que didácticamente orientaba a sus colaboradores, dejándoles espacio para cumplir sus funciones con la personalidad que les fuera propia. Resolvía además las diferencias que naturalmente se producen en cualquier grupo humano, ejerciendo sus condiciones de juez, no sólo heredadas de su padre sino acrecentadas por su brillante ejercicio profesional y académico. Ese jefe de condiciones superiores es el que ha cumplido su trayectoria vital y hoy venimos a despedir con pena, es cierto, pero con orgullo.

Aylwin fue un hombre de Estado. Cumplió con la tarea de reconstruir la unidad entre los chilenos, reconciliar a esta patria dividida, restablecer la convivencia democrática fundada en el respeto a la diversidad y en el respeto al adversario. Fue el protagonista de un capítulo brillante de la historia de Chile: la recuperación de la democracia. Fue un estadista cuyo legado no solo debe guiar la acción y el rumbo de todos quienes fuimos sus camaradas, compañeros y correligionarios que compartimos en mayor o menor medida sus principios e ideales, sino la de todos quienes participamos de su vocación democrática, su vocación por la justicia social y por la solidaridad y sobre todo, su vocación por construir un mundo donde impere el respeto a la dignidad de las personas, los derechos humanos, la justicia y la libertad.

Nuestro Capitán se va, pero queda esculpido imborrable en la tradición de este pueblo que hoy le dice un adiós agradecido, al cual sus colaboradores nos

sumamos, rememorando lo mucho que nos enseñó y reconociendo el espacio que nos concedió para servir por sobre todo a quienes tienen hambre y sed de justicia, a aquellos pobres e indigentes cuyo presente y destino, don Patricio siempre quiso priorizar.

Capitán, mi Capitán, Presidente Patricio Aylwin Azócar: “tu barco ha anclado ha sobrevivido a todos los escollos, has ganado merecidamente el premio que anhelas”

Descansa en la paz con que te recibirá el Señor de tus creencias.